

# Felipe González

**E**N un momento trascendental de su vida, el Partido Socialista Obrero Español encontró un "camarada oscuro", que trabajaba con el seudónimo de la clandestinidad, "Isidoro". El joven laboralista sevillano fue inmediatamente mucho más que el "outsider" que se buscaba: fue el forjador de un partido que estaba vulnerado por viejas heridas históricas, anclado todavía en los viejos debates del caballerismo y del prietismo, desgarrado entre el exilio, la clandestinidad y la sangre nueva de militantes jóvenes, escasos todavía —uno de ellos, el propio Felipe González—: el camarada oscuro, "Isidoro", hizo con ese viejo partido algo semejante a lo que hizo con la SFIO francesa Mitterrand: lo convirtió en un instrumento capaz de ser una alternativa de poder, un poderoso segundo partido nacional y un primer partido municipal: las Alcaldías socialistas representa hoy el 70 por 100 de la población española.

El único fracaso serio del PSOE ha sido un fracaso psicológico: el de creer, en las últimas elecciones generales, que tenía la victoria al alcance de la mano. Felipe González y la dirección del partido sobre todo el sector más radicalizado que hoy precisamente se ha puesto frente a la Ejecutiva, sostuvieron un triunfalismo insensato, cuando desde fuera del partido, desde la observación objetiva —aunque no fuese neutral—, se vela claramente que el resultado iba a favorecer al partido gubernamental.

Es quizá ese error de apreciación el que se hace pagar ahora tan caro a Felipe González. Una decepción, en política, puede ser más dura que una derrota esperada.

Sin entrar en la polémica interior del partido, envasada en el equivoco término de la adhesión, mediatización o re-

pulsa del término marxismo; sin quitar ni poner un rey que en cualquier caso no es nuestro, y sin entrar en la crítica o la exégesis prematura de los elegidos en la dramática jornada del domingo pasado, tenemos que lamentar la pérdida en la política nacional de

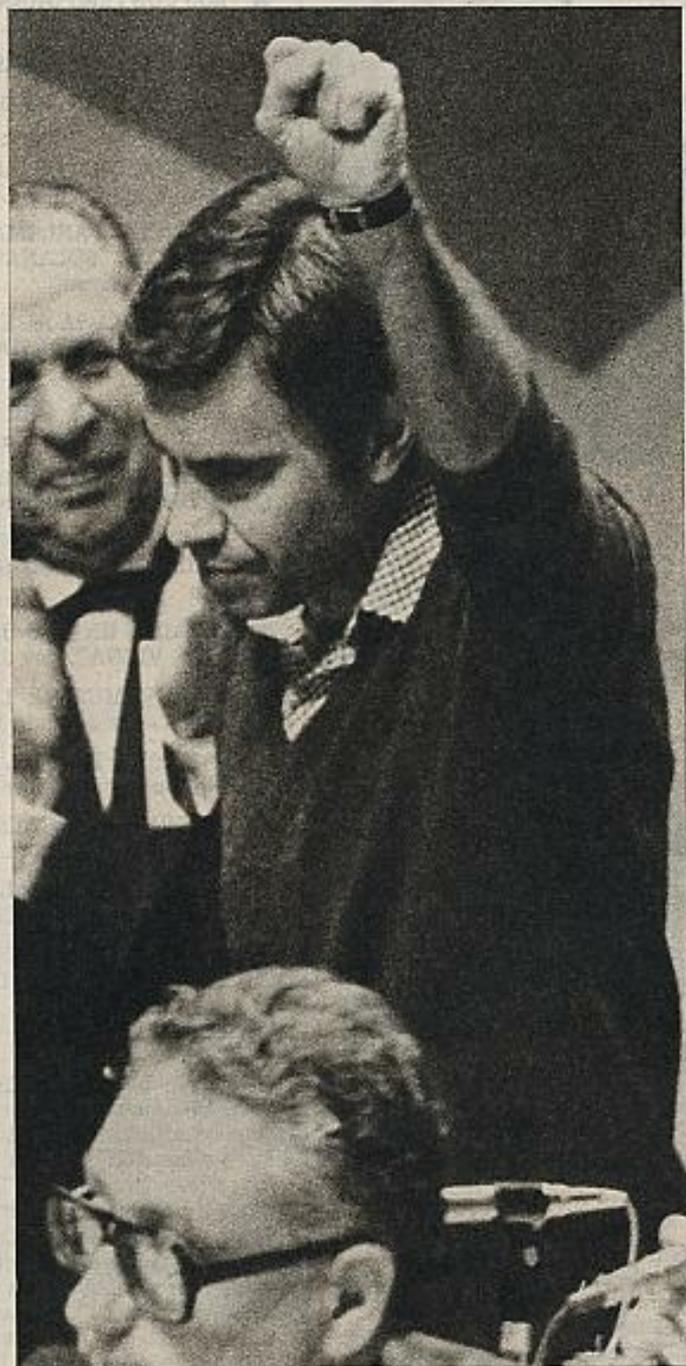
una figura de primer orden, como es Felipe González. Un hombre capaz de ponerse frente a la figura carismática de Suárez, en España y fuera de ella. Quizá se advertía en él, en los últimos tiempos, una cierta abulia, un cierto cansancio; a veces parecía

vislumbrarse como hasta una doble personalidad, la de un político que actúa y la de un hombre que contempla con cierta distancia a ese mismo político. Quizá veía ya que el músculo del partido que él mismo había vigorizado empezaba a golpearle con demasiada dureza.

Felipe González pasa ahora a una reserva de la política nacional, y no sólo a la de su partido. Tiene edad para esperar, y España no anda tan sobrada de políticos de primer orden como para olvidar a una de las más importantes de la última época del franquismo y la primera de la democracia.

Independientemente de ello, el PSOE tiene un largo camino por delante: su Congreso ha demostrado una clara soberanía sobre su Ejecutiva, una capacidad para rechazar unas corrientes y elegir otras con las que ser útil a la izquierda española. Esa soberanía, esa independencia, esa democracia interna, las debe en gran parte al comportamiento de Felipe González.

Formando parte de ese comportamiento está esta última lección moral que da con la retirada de su candidatura, en un país donde el verbo dimitir ha decaído en desuso, y donde cualquier forma de poder es aferrada con frenesí por quien la tiene. Probablemente si Felipe González hubiese mantenido su candidatura, el peso moral de su personalidad podría haber cambiado el resultado final; por lo menos, hubiera dejado en situación precaria a los nuevos elegidos. Felipe González no ha querido lanzar el sentimentalismo, la historia, o el carisma, en esta balanza: ha sabido recoger la lección política, y ha sabido darle el desenlace político que requiere una ética democrática. Es un ejemplo. ■ Foto: RAMON RODRIGUEZ.



Felipe González pasa ahora a una reserva de la política nacional, y no sólo a la de su partido.